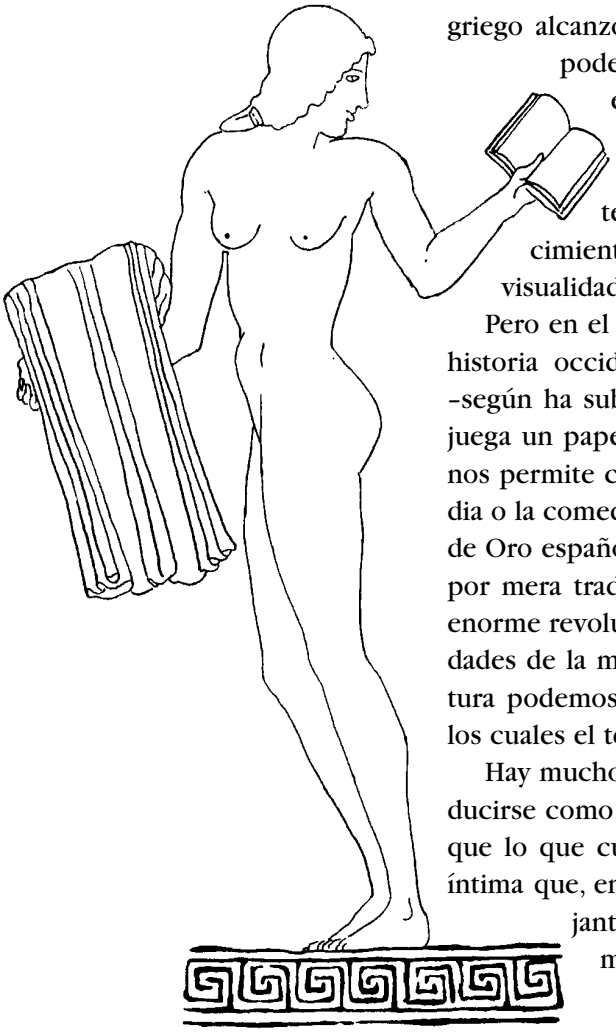
El texto teatral y la intimidad

Se llegó a pensar en la Grecia antigua que leer en solitario una obra teatral constituía una especie de traición al espíritu del teatro. Y es que el complejo fenómeno del teatro pone en acción sinérgicamente diversas potencias humanas, fundamentalmente la vista y el oído, y se desarrolla como un acontecimiento social, aspecto este último que en el mundo griego alcanzó su más altas cumbres, facilitándose por los poderes el acceso de las clases populares. El teatro es esencialmente espectáculo, "revelación colectiva". Y, como es bien sabido, la palabra teatro posee la misma raiz que teoría, contemplación o visión. No es de extrañar el florecimiento del teatro en una cultura tan marcada por la visualidad como la helénica.



Pero en el teatro, tal como se ha desarrollado en nuestra historia occidental y desde los mismos griegos, el texto –según ha subrayado con acentos críticos Antonin Artaud– juega un papel fundamental. Y la existencia de dicho texto nos permite conocer y tratar de recrear lo que fue la tragedia o la comedia clásica, el teatro de Shakespeare o del Siglo de Oro español. Algo que hubiera sido inmensamente difícil por mera tradición directa no escrita. Se aprovecha, así, la enorme revolución que la escritura introdujo en las posibilidades de la memoria histórica. Entonces, a través de la lectura podemos remontarnos a lejanos mundos humanos de los cuales el teatro nos da el mensaje.

Hay mucho más: en el teatro de texto el autor ha de conducirse como escritor creativo. De una índole especial, porque lo que cuenta es la palabra hablada, no la conciencia íntima que, en cambio, puede referirnos el novelista. Semejante intimidad ha de revelarse en el diálogo, y, más aún, en el monólogo. ■

Carlos París